

Obstáculo Insalvable

“Siempre fueron las noches las que me hicieron pensar que teníamos que estar juntos, o que ya lo estábamos, pero no notábamos el vínculo que se había creado, ¿sabés?” Eso me respondió mi parcerero Carlos cuando le pregunté qué lo había hecho pensar que las cosas le iban a funcionar con esa pelada, tan caprichosa y difícil de llevar como se veía todos los días.

El hombre estuvo enamorado, se le notaba en la forma de sufrir luego de que las cosas se les acabaron, se le notaba en cómo hablaba de ella, reconociendo lo malo, pero haciendo énfasis en que a pesar de ello le encantaba.

“Parce, yo sí quiero conocer esa historia pues, no puede ser tan trágica”. Cuando le dije eso, se quedó pensando como 2 minutos, miró el calendario y dijo “Trágica no es, no te confundás. Te la voy a contar y aprovecho para desahogarme. Seguí viniendo los sábados por la noche, por ahí a las 8, que no hay mejor momento para que me fluya”. Le prometí que iba a seguir yendo, pero le dije que lo hacía más por él que por la curiosidad que me pudiera generar. Eso fue un sábado 14 de noviembre, como a las 11:30 de la noche, y yo ya había pensado que eso de parecer buen amigo lo iba a pagar con el miedo de caminar 15 minutos hasta mi casa.

Cuando llegué me acordé de que yo también me sentía mal y que no había dicho nada, que me había callado y me había sentado a escuchar, en parte sintiéndome consolado por cada palabra, hundiéndome en el mundo que me proponía mi amigo, oyendo todo lo que no había podido decir desde hacía dos meses.

Durante toda la semana no hablé con él, y eso sólo me generó una gran expectativa, pues no me imaginaba cómo podía desarrollarse la conversación el próximo fin de semana. Tuve muchos recuerdos de los días en que estuve con ella, y me llené de miedo. “¿Qué voy a hacer si esa historia es parecida? ¿Voy a tener que seguirme quedando callado? Ojalá que no, este peso ya es lo suficientemente insoportable como para tener que sentir más”. Me dije eso en el espejo, mientras me limpiaba un par de lágrimas que habían rodado por mi cara.

Ya era sábado, y faltaban 15 para las 8. Era tiempo de salir. En la puerta me recosté y miré para adentro de la casa. “Ojalá no volviera”, me dije a mí mismo. La casa estaba oscura y en serio no daban ganas de volver, por esa soledad que hacía sentir. 10 minutos después de salir, usé conmigo una de mis frases favoritas “Dejá la bobada”.

Cuando llegué, me senté a esperar a que me abriera la puerta de la urbanización. Era como la puerta de un garaje, toda blanca y ancha. Justo 5 minutos después, lo vi subiendo con las llaves en la mano. “Hola Juan” me dijo. “¿Qué más pues?” le respondí yo. “Ahí. Entrá, está haciendo frío y deberíamos empezar”. Él era alto, medía poquito más de un metro ochenta, era flaco y moreno. Me sorprendió verlo bajo la luz de una farola, el tipo estaba encorvado, pálido y desgaleado; parecía un cadáver recién salido de la tumba.

Cuando llegamos a la casa, saludé a la mamá que tan bien me caía, y también a la hermanita, que me tenía miedo por una razón desconocida. Carlos y yo nos sentamos a tomar gaseosa y después de mirarnos la cara por un rato, le pedí con la mirada que empezara. Carraspeó, dio un sorbo más y empezó:

“Íbamos a una obra. Era como septiembre del año pasado, y yo andaba sin amigos para salir. De la nada me surgió ese parche y me fui sin pensar. Ella era lo más de carismática y le gustaba a todo el mundo, pero a mí no, ¿sabés? A mí me atrajo fue la amiga, esa niña era hermosa. Mientras yo intentaba algo con ella, me hice muy amigo de Maria, porque me pareció que valía la pena tener una amistad. Y sí, ¡qué cuca de parceras! Todos los días hablábamos, y yo me di cuenta de que lo valiosa que era, que por más que pareciera que nada le importaba, estaba ahí para sus amigos. Hablábamos de filosofía y siempre teníamos posiciones contrarias, había conversación asegurada para todo el día.

Llegaron las vacaciones, y aun así seguimos hablando todos los días. Cuando ya se estaban acabando, nos aseguramos que nos amábamos, y parece, yo me sentía completo con ella”.

Casi le pierdo el hilo a la historia, me había distraído mirando la habitación de Carlos. Él tenía su cama y su escritorio, con una estantería llena de libros y notas, cuadernos y cosas que uno encontraría en la maleta de un estudiante. La habitación era pequeña, y era de esos lugares que dan ganas de no abandonar. Luego de darle el último vistazo a ese póster de Star Wars que tanto envidiaba, le dije “¿Por qué no seguís? Creo que hoy me puedo quedar acá toda la noche”. “Ah, si querés yo sigo hasta donde me dé, pero tampoco es que vaya a alcanzar a contarla toda hoy”. Miró por la ventana, estaba como buscando algo en el cielo. “No hay luna” Dijo de repente, y acto seguido, continuó. “Por allá en febrero, la amiga de Maria me dijo que no íbamos a llegar a nada serio, y yo que de bobo me había ilusionado, me sentí horrible. Maria me dio fuerza esa vez, me hizo sentir como que de verdad no importaba, como que había algo más adelante. No sé ni de dónde sacó fuerza, por esos días ella estaba acordándose mucho del ex, que la había dejado vuelta nada. Yo nunca había servido para consolar a nadie, soy pésimo en eso; pero para ella... Para ella me fluyó de la manera más extraña.

Para ella yo siempre traté de estar ahí". Con esa oración terminó lo que me iba a contar por ese día, porque ahí mismo se volteó y se echó en un mueble a dormir. Yo apagué la luz y me quedé en mi celular, dando vueltas por ahí tratando de que me diera sueño. No lo conseguí, me vine a dormir como a las 4, cuando se me salieron de la cabeza todas las impresiones nuevas que me había dejado Carlos esa noche, porque lo conocía de toda la vida, pero esta vez parecía como si fuera alguien más, como si algo le hubiera cambiado drásticamente.

Cuando amaneció, fui a la cocina para hacerme algo de comer. Estaba haciendo mucho frío y la casa estaba en completo silencio. Carlos debía estar en la tienda comprando alguna cosa, porque no lo vi en el mueble donde se había dormido. Nada podía estar más lejos de la realidad. Encontré a Carlos tirado chillando en un rincón, con algo en las manos y temblando de una manera impresionante. "Parce, ¿vos qué estás haciendo? Parate de ahí" "No, no, no soy capaz, no puedo más. Me hace mucha falta, yo me quiero morir". Cuando dijo la última palabra, alcancé a ver el cuchillo y la sangre que le había salido de las manos por la fuerza con que había apretado. "Nea, no, no vale la pena. Vos estás muy joven y tenés un buen futuro por delante". Después de decirle eso me arrodillé frente a él y le quité esa cosa. Luego me paré y lo llevé al baño. Ese día me fui a las 3 de la tarde, muy preocupado, pero igualmente incapaz de ver lo que iba a pasar unas semanas más adelante.

Lo llamé toda la semana para ver cómo estaba, y creo que ya se iba cansando de la intensidad tan hijuemadre. Para el sábado siguiente me senté más temprano a esperar en la puerta. Carlos llegó a tiempo y me abrió en silencio. Lo saludé y él me hizo un gesto con la mano. Bajamos rápido y nos sentamos en la sala. Él estaba solo en la casa y tenía las luces apagadas, entonces no pude saber si es que estaba llorando o si hacía alguna cosa más aparte de hablar. Se limpió la cara y empezó: "Salimos un montón de veces como amigos, y sin decir nada se sentía algo que a mí me decía que ella era la mejor compañía que yo iba a tener en mucho tiempo. Por un buen rato no pensé en nadie más, y con todo y las ganas de que durmiera en mi cama, nunca la vi como alguien con quien intentaría algo, nada más que por el riesgo que eso representa para una amistad.

Una vez salimos y yo la vi toda la noche como enamorado, la vi tremendamente bella. Hablamos de lo que esperábamos del futuro. Ella se quería dedicar a algo difícil por el poco reconocimiento que tenía, y yo tenía una aspiración de lo más común, vos sabés; yo quería tener hijos, ella no; pero casarse le hacía ilusión, sólo por usar un vestido bonito. Hablábamos del todo y de la nada, de la contradicción, de los polos opuestos; hablábamos de nosotros indirectamente". Se le cortó la voz de repente y empezó a temblar. "Dejemos acá por hoy, ya debe faltar poquito, entonces mejor me contás la próxima semana." Le dije.

Ese día lo saqué a una discoteca y nos sentamos a tomar y a ver a la gente. En un momento, Carlos se fue a bailar, y yo me puse a buscar a alguien. Mi idea era preguntarle a uno de los amigos de él acerca de cómo lo habían visto en el colegio los últimos días. Casi 5 minutos buscando para dar con este tipo al que le decían "gota", que ni idea ni ganas de preguntar por qué. Me puse a hablar con él, y le pregunté cómo había visto a mi parcerero en las últimas semanas. "Yo a él lo he visto más callado, como si no estuviera pensando. Y seguro no te contó, pero en estos días terminó peleando con un chino de otro salón, que dizque 'por una vieja'. Yo sí lo veo raro, ese man un día de estos sale con algo bien extraño, parece un psicópata". Dejamos de hablar porque estaba sonando algo así como una pelea por allá al fondo, como por los baños. Todo el mundo ya se había parado a mirar, y yo me hice paso como pude. Era Carlos, pero no estaba peleando. En esa noche, al muy loco le dio por ponerse a gritar el nombre de Maria con una botella en la mano. Estaba dando vueltas, como cayéndose, como si el cuerpo le pesara. Entraron por él y lo sacaron unos tipos grandes, y yo por ahí derecho me fui, para cuidarlo y llevarlo hasta la casa. Todavía seguía sola la casa, entonces entré sin miedo y lo arrastré, y después lo tiré en la cama así como me dio la fuerza. Cuando acabé, cerré la puerta y me dormí en la sala. Al otro día me fui temprano, yo sabía que Carlos no se levantaba hasta que llegara la mamá.

Ya había pasado el 28 de noviembre, y yo nunca iba a sentir tanta preocupación otra vez por la estabilidad de Carlos. Eso también me afectaba a mí, claramente, porque el hombre era como un hermano, y verlo así acababa con las poquitas ganas de seguir. La historia había dejado de importar, la que de verdad se hizo relevante fue la vida de mi parcerero.

Lo volví a llamar toda la semana, pero no pasaba al teléfono. El viernes me dijeron que no estaba en la casa, y yo salí a ver qué era lo que había pasado. No alcancé a pasar de la portería del edificio, cuando me dijo el celador que me había estado buscando un tipo alto, y que él lo había dejado pasar. "Se fue para los ascensores, iba lo más de rápido." Me metí por el pasillo de la derecha, ese espacio tan pequeño en que estaban los ascensores. Iban siendo las 10 del viernes 4 de diciembre, y el frío no dejaba respirar bien. Cuando iba llegando al primer ascensor, escuché que se estaban cerrando las puertas. Alcancé a ver la cara de Carlos, pero ya no podía hacer nada para pararlo. No sé con qué fuerzas, pero me puse a subir las escaleras. Eran 26 pisos, y yo sabía que mi amigo iba para la terraza, porque me vio, y no paró. Para mi casa no iba.

Llegué al 7 y fui a probar suerte con el ascensor. Estuve de buenas, y en un minuto estuve arriba. Cuando abrió la puerta, vi a Carlos dando vueltas por ahí, sin rumbo. "Hey, hablame" le dije. "Nos cuadramos un sábado 22. Fue salido de la nada. Yo no entendí, pero no me iba a quejar". Estaba gritando, tenía la voz como

cortada, y se le veían los ojos perdidos. “Nos quisimos mucho los primeros días. Todo funcionaba porque nos sentíamos como un par de amigos. Pero después entraron los celos al juego, y la rabia, y la tristeza. No pasaron ni 3 semanas y yo ya me había sentido horrible un par de veces con ella. Después todo se volvió un juego de grosería, una competencia. Dejamos de hablar igual, dejamos de vernos igual, ahí ya no había nada”. Carlos se acercó al borde de la terraza, se iba a matar, se le notaba. “Vení, no...” No pude con las lágrimas, y él sólo dijo “Quedate con el póster”.

Cuando bajé, no fui a mi casa, ni llamé a nadie, ni hablé con nadie. Pasé por la portería y me senté a mirar de lejos cómo recogían los restos de Carlos, entre toda esa gente que había salido cuando escuchó el estruendo. Cuando se fueron los últimos de medicina legal, yo me fui para la casa de Carlos y entré por el póster. No me importó siquiera que no hubiera nadie, yo tenía mi copia de las llaves. Lo puse en mi habitación, y de ahí no salí en 4 o 5 días. Lo velaron y no fui, lo enterraron y tampoco. Yo ya no quería hacer nada. Yo todavía no quiero hacer nada.

La familia de Carlos está súper afectada, y todos en ese colegio están apagados. Carlos hacía de todo en el barrio. Con esa determinación que lo caracterizaba, tenía varios proyectos sociales de deporte, de cultura, de salud, de adecuación de espacios... Todo el mundo lo quería. Todos están echando de menos al pelado que parecía tan sólido, todos se están culpando por no haber visto a tiempo, pero es que para estas cosas no hay tiempo que valga, y menos con gente así.

Carlos tenía 17, había nacido en el 95 y tenía una carrera por delante; pero esos obstáculos no son fáciles, y para él se hicieron imposibles de cargar. Hoy en día se le ha olvidado un poco, pero para mí eso es imposible, porque una parte de él está colgada del techo de mi habitación.

Mateo Hincapié